

peo, cristiano también por tradición y, sin embargo, apegado íntimamente a los mitos antiguos. El pequeño pueblo extraordinario, de uñas como garfios, pelo hirsuto y punzante, feo rostro y extravagantes vestiduras, convive con los campesinos y los señores, lo tienta con sus sortilegios y fabrica maravillas en sus grutas, cavernas, ríos, montes y bosques (en todas partes están, como los dioses menores y demás criaturas protectoras u hostiles que imaginaron los griegos).

Selma Lagerlöf ha escrito un libro hermoso, que se lee a todas las edades, con el material que le proporcionan estas leyendas populares y algunas otras, las menos numerosas, que no tienen relación con el «mundo inferior».

El prólogo de la autora es, quizá, lo de mayor interés de la obra.

Se evocan en él escenas domésticas de la época del nacimiento de Selma, y sucesivamente, algunas fases posteriores de su vida, hasta hoy, con tal delicadeza y justa proporción, que el lector se ve sorprendido por una simpatía, casi propia de la amistad, hacia la autora. Hay en el prólogo una melancolía discreta y el interés que siempre despierta el hombre (o la mujer) de genio cuando alude sin petulancia a su propia vida.

INSTITUCIONES POLÍTICAS ROMANAS. De la Ciudad al Estado, por *León Homo*.—*Editorial Cervantes*. Barcelona, 1928.

Roma antigua vivió 15 siglos, creciendo y organizándose incesantemente. En ella se puede seguir el desarrollo completo—nacimiento, culminación y decadencia—de formas jurídicas, sociales y estatales. Con un mínimo de metafísica y de moral, en oposición al mundo griego, regido en gran parte por la especulación filosófica, Roma fué fecunda en su poder organizador, porque se ciñó estrechamente a las necesidades que le imponían la conquista y la expansión económica. Los episodios de su ruina no son gloriosos, pero las *formas* alcanzadas en el derecho y en el estado fueron de una perfección no sospechada antes y sirvieron más tarde de modelo a los pueblos de Europa.

León Homo, profesor de la Universidad de Lyon, en este volumen XVIII de la Biblioteca de Síntesis Histórica que dirige Henri Berr, sigue paso a paso la transformación del estado romano y de sus órganos, en la época de simple poblado primitivo, de ciudad, de Estado Itálico y de Imperio Mediterráneo. Al término de esta trayectoria, Roma cuenta con una administración compleja, con verdaderos Ministerios y servicios especializados (magistratura judicial, administración civil, ejército). Constituciones imperiales establecían un verdadero escalafón para el personal, etc. Sin embargo, todo esto cayó como cuerpo muerto y no quedó para la posteridad sino la concepción de tales creaciones; lo cual parece demostrar, pese a muchas filosofías históricas, que una civilización recibe de otra enormes materiales y que el desarrollo general de la humanidad no está seccionado estrictamente por las condiciones internas de cada cultura.

En el curso de la obra, M. Homo hace observaciones interesantes y de gran sugerencia. En el último capítulo afirma, sin necesidad de demostrarlo nuevamente, que los antiguos no distinguían el «estado» del «gobierno», observación que esclarece casi todos los problemas que se pueden plantear para las instituciones públicas antiguas. El «imperium» indivisible de la *ciudad* nunca pudo ser extinguido completamente y su concepto perturbó hasta las postrimerías del Imperio el perfeccionamiento del estado y de la administración romana; desapareció la *ciudad*, pero sus «formas» se mantuvieron como limitación a las nuevas concepciones. (El lector relaciona inevitablemente este fenómeno con la circunstancia de que la costumbre sobrevivió como fuente de derecho privado en el Bajo Imperio, pero con el carácter de negativa, de derogatoria del derecho escrito).—R.

LA VIE DE BEAUMARCHAIS, por René Dalsème. Col. *Vies des hommes illustres*.—«Nouvelle Revue Française», París, 1928.

El creador del género de las biografías noveladas es André Maurois. Cuando este ingenioso novelista trazó las páginas de